

## IV

La Eucaristía es la gloria de la Iglesia.

Jesucristo, su Esposo, es Rey; es el Rey de la gloria. Su Padre colocó sobre su cabeza una corona esplandeciente. Mas la gloria del esposo es también la gloria de la esposa; y la Iglesia, á semejanza del hermoso astro de la noche, refleja los rayos divinos del Sol de la gloria.

La Iglesia, ante el Dios de la Eucaristía, es hermosa en los días de fiesta de su Esposo, adornada con sus vestiduras de honor, cantando himnos solemnes, convidando á todos sus hijos á que se reunan para honrar al Dios de su corazón.

Cifra su dicha en dar gloria á su Rey y á su Dios; oyéndola y viéndola, créese uno transportado á la Jerusalén celestial, donde la corte angélica glorifica, en sempiterna fiesta, al Rey inmortal de los siglos.

Aparece como triunfante el día de la fiesta de Dios (llamada del *Corpus Christi* entre nosotros), cuando se ostenta en largas procesiones, cortejo del Dios de la Eucaristía; avanza entonces la Iglesia como ejército en orden de batalla, acompañando á su jefe; y entonces también, Reyes y pueblos, pequeños y grandes cantan la gloria del Señor, que estableció su morada en medio de la Iglesia.

El reinado de la Eucaristía es el reinado de la Iglesia, y allí donde está olvidada la Eucaristía, la Iglesia no tiene sino hijos infieles, y bien pronto llorará una total ruina.



## EL DIOS OCULTO

*Vera tu es Deus absconditus Deus Israel Saluator!*

«Tú eres verdaderamente el Dios escondido ¡oh Salvador, Dios de Israel!»

(Isa., XLV, 15.)

**Q**UE el Hijo de Dios haya amado al hombre hasta hacerse hombre, se comprende; el Creador debía tomar con interés el reparar la obra de sus manos.

Que el Hombre-Dios muriese sobre la cruz, se comprende también por un exceso de amor.

Pero lo que ya no se comprende, lo que espanta á los débiles en la fe y escandaliza á los incrédulos, es que Jesucristo glorioso, coronado, después de haber terminado su misión aquí en la tierra, quiera todavía quedarse entre nosotros, y en un estado más depresivo, más humillado, más anonadado que en Belén y aun que en el Calvario.

Levantemos con respeto el velo misterioso que envuelve al Santo de los Santos, y tratemos de comprender el exceso de amor que nos manifiesta el Salvador.

## I

Este estado velado es el más glorioso para el Padre celestial, porque Jesús renueva y glorifica de este modo todos los estados de su vida mortal. Lo que no puede hacer en el cielo por su estado glorioso, lo hace sobre el altar por su estado de anonadamiento. ¡Qué miradas de complacencia no dirigirá el Padre celestial hacia la tierra, en donde ve á su Hijo, á quien ama como á sí mismo, en un estado de pobreza, de humildad, de obediencia!

Nuestro Señor Jesucristo encontró el medio de perpetuar y renovar incesantemente el sacrificio del Calvario; Él quiere que su Padre tenga continuamente á la vista el acto heroico por el cual le rindió una gloria infinita, inmolándose para destruir el reino de Satanás, su enemigo.

Jesucristo continúa librando el combate que ha de vencer al orgullo: como nada hay más desagradable á Dios que el orgullo, así también nada le glorifica tanto como la humildad. La gloria de su Padre, tal es, pues, la primera razón del estado velado de Jesucristo en la Eucaristía.

## II

Aunque velado, Jesucristo trabaja en la obra de mi santificación. Para hacerme santo tengo necesidad de vencer el orgullo y cambiarlo por la humildad; pues bien, en la Eucaristía me da Jesús el ejemplo y la gracia de la humildad.

Él es quien pronunció en otro tiempo estas palabras: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de*

*corazón.* Mas, desde hace dieciocho siglos, la humildad no sería más que un nombre, si nouviésemos otra cosa que el recuerdo de los ejemplos del Salvador durante su vida mortal. Con razón podríamos decir: ¡Señor, yo no os he visto humillado!

Por eso Jesucristo en la Eucaristía responde á nuestras excusas y peticiones; desde el Tabernáculo, por debajo del velo de la Hostia eucarística, se percibe una voz que dice: «Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón.» ¡Aprended de mí á ocultar vuestras buenas obras, vuestras virtudes, vuestros sacrificios; descendid, venid hacia mí!

Y la gracia de la humildad se encuentra en el estado humillado de Jesús en el Santísimo Sacramento. ¿Qué gloria humana podrá ya temer el rebajarse cuando el Rey de gloria se rebaja hasta ese estado? ¿Quién de los favorecidos por la fortuna no estimará la amable pobreza de Jesús-Hostia? ¿Quién rehusará obedecer á Dios y á los que le representan, siendo así que el mismo Dios obedece al hombre?

## III

El estado velado de Jesús anima y alienta mi debilidad.

Yo puedo aproximarme á él, hablarle, contemplarle sin temor. Si respandeciase su gloria, ¿quién osaría hablar á Jesucristo, siendo así que los Apóstoles cayeron poseidos de espanto por haber visto un rayo de su gloria en el Tábor?

Jesús ha velado su poder, que amedrentaría al hombre. Ha velado su santidad, la cual es tan sublime, que desalentaría nuestras débiles virtudes. La madre tartamudea con su pequeño hijo y se pone á su

alcanza para elevarle hasta ella; y así también Jesús se hace pequeño con los pequeños, para elevarlos hasta Él, y por Él hasta Dios.

Jesús vela, modera, templa, por decirlo así, su amor; es tal su ardor, que nos consumiría si nos hallásemos expuestos á sus fuegos sin ningún intermedio: *Ignis consummens est*: Dios es un fuego que abrasa y consume.

Ved aquí, pues, cómo Jesús velado bajo las especies sacramentales anima y fortalece nuestra debilidad. ¿Qué mayor prueba de amor que ese velo eucarístico?

#### IV

El velo eucarístico acrisola nuestra fe.

La fe es el acto puro del espíritu, hecha abstracción de los sentidos. Ahora bien, aquí los sentidos de nada sirven, no ejercen acción alguna. Es el único misterio de Jesucristo en que los sentidos deben callarse en absoluto; en todos los demás, en la Encarnación, Redención, etc., los sentidos perciben un Dios niño, un Dios que muere...; pero aquí, nada más para ellos que una nube impenetrable; solamente la fe debe obrar, éste es por excelencia el reinado de la fe.

—Esta nube pide de nosotros un sacrificio altamente meritorio, el sacrificio de nuestra razón y de nuestro espíritu; aquí hay que creer aun contra el testimonio de los sentidos, contra las leyes ordinarias de los seres, contra la propia experiencia; hay que creer por la simple palabra de Jesucristo. «¿Quién está allí?» Es la sola pregunta que debemos hacer!

y al contestarnos Jesucristo: «Yo estoy», postrémonos de hinojos y adoremos.

Y esta fe pura y abstraída de los sentidos, libre en su acción, nos une sencillamente á la verdad de Jesucristo en el Santísimo Sacramento: *La carne de nada sirve*—dice el Salvador;—*mis palabras son espíritu y vida*. El alma atraviesa la barrera de los sentidos y entra en la admirable contemplación de la divina presencia de Dios bajo las especies, bastante velada para que podamos soportar su resplandor, y bastante transparente para los ojos de la fe.

Hay más; este velo, en vez de ser una prueba, viene á convertirse en un agujijón, en un estímulo para quien posea una fe humilde y sincera. Goza el espíritu penetrando una verdad oculta, descubriendo un tesoro escondido, triunfando de cualquiera dificultad. Así, pues, el alma fiel, en presencia del velo eucarístico, busca á su Señor como le buscara la Magdalena en el sepulcro; sus deseos aumentan más y más, le llama como la Esposa de los Cantares; gózase en imaginarle con todas las bellezas, en concebirle adornado de todas las glorias; la Eucaristía es para ella lo que Dios para los bienaventurados, una verdad, una belleza siempre antigua y siempre nueva que no se deja escudriñar ni penetrar: *Quaeram quem diligit anima mea!* ¡Señor, el amado de mi alma, yo os buscaré sin cesar: mostradme vuestra faz adorable!

¡Y Jesús se manifiesta gradualmente á nuestra alma según la medida de su fe y de su amor; de esta suerte, el alma encuentra en Jesús un alimento siempre nuevo, una vida que jamás se agota: el objeto divino de su contemplación se le presenta siempre adornado de alguna nueva perfección, de una nueva y mayor bondad; y como en este mundo el amor vive

de felicidad y deseos, el alma, por la Eucaristía, goza y desea al propio tiempo; come y se siente hambrienta todavía!

Tan sólo la sabiduría del Señor y su bondad podrían inventar el velo eucarístico.



## EL VELO EUCHARÍSTICO

*Cur faciem tuam abscondis?*

«¿Por qué ocultas tu rostro?»

(Job, XIII, 24.)

**P**OR qué se oculta Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento bajo las santas especies?

Cuesta trabajo habituarse á este estado oculto de Jesucristo: hay que volver con frecuencia sobre esta verdad, pues debemos creer firme y prácticamente que Jesucristo, aun que invisible á los ojos del cuerpo, se halla real, verdadera y substancialmente presente en la santa Eucaristía.

¿Por qué, pues, esa presencia silenciosa, ese velo impenetrable? Parece que uno se ve tentado á decir: ¡Señor, muéstranos tu rostro!

¡El Señor nos hace sentir su poder, nos atrae, obtiene nuestro respeto y nuestra adoración, y, sin embargo, no le vemos! ¡Sería tan dulce, tan agradable oír las palabras de la boca de Jesús!

¡Y qué consuelo si se mostrase, qué seguridad

tendríamos en tal caso de hallarnos en su amistad! Pues no se mostraría seguramente sino á aquellos á quienes ama.

## II

Pues bien, Jesucristo oculto es más amable que si se exhibiese; silencioso es más elocuente que si hablase; y lo que creemos sea un castigo, no es sino un efecto de su amor y su bondad.

Sí, hay que repetirlo muchas veces; si Jesús se mostrase á nuestros ojos, seríamos desgraciados; el contraste de sus virtudes y de su gloria nos humillaría. ¡Cómo—diríamos entonces—un Padre tan bueno y unos hijos tan miserables! Y no tendríamos valor para acercarnos á Él, para ponernos en su presencia. Al menos ahora, no conociendo más que su bondad, nos presentamos á Él sin el menor cuidado.

Y todos comparecen ante su augusto trono. Supongamos que Nuestro Señor no se mostrase sino á los buenos, puesto que, una vez resucitado, no puede dejarse ver de los pecadores: ¿quién se atrevería entonces á creerse bueno? ¿Quién no temería asistir á la iglesia, por miedo de que Jesús, no encontrándole bastante bueno, no se mostrase á él? Y aquí los celos y las envidiosas sugerencias del enemigo. Solamente los orgullosos tendrían la decisión suficiente para presentarse en el templo, fiados en sus pretendidos méritos.

Mientras que ahora todos tienen los mismos derechos y pueden creerse amados.

## III

Pero acaso la vista de la gloria nos convertiría, dirá alguno.

No, no, la gloria no convierte á nadie. Los judíos fueron idólatras al pie del Sinaí envuelto en llamas; los Apóstoles en el Tabor manifestaron su sinrazón.

La gloria asusta y enorgullece, pero no convierte. El pueblo judío no se atrevía á acercarse á Moisés iluminado con el rayo divino. No, Jesús mío, permaneced velado, quedad oculto, esto vale más. Yo puedo aproximarme á Vos y esperar que me améis, puesto que no me rechazáis.

Mas su palabra, tan poderosa, ¿no nos convertiría?

Los judíos oyeron á Jesús durante tres años: ¿se convirtieron acaso? Algunos tan sólo, muy pocos. La palabra que convierte no es la palabra humana del Señor, aquella palabra que se percibe con el oído; sino la palabra interior, la palabra de gracia; ahora bien, Jesucristo en el Santísimo Sacramento nos habla al corazón, y esto debe bastarnos, pues es verdadera palabra.

## IV

¡Pero si pudiese, al menos, dejarme influir por el Corazón de Jesús, si llegase hasta mí alguna siqueira de sus ardorosas llamas, le amaría mucho más; estas llamas cambiarían mi corazón y le abrasarían en su amor!

Nosotros confundimos el amor con el sentimiento.

Y cuando pedimos al Señor que le amemos, lo que queremos es que nos haga sentir que le amemos.

Y sería una verdadera desgracia que así fuese. No, el amor es el sacrificio, la abnegación de nuestra voluntad, la entera sumisión á la de Dios.

Ahora bien, lo que sacamos de la contemplación de la Eucaristía y de la Comunión (que es la unión perfecta con Jesús), es la fortaleza. La dulzura no es más que pasajera. Como cosa permanente no queda más que la fortaleza. ¿Y qué es lo que nosotros necesitamos contra el mundo y contra nosotros mismos sino la fortaleza? La fortaleza es la paz.

Pues bien, ¿no te sientes en paz ante el Dios de la Eucaristía? Esta es, pues, la prueba de que le amas. ¿Qué quieres más?

Cuando dos amigos están juntos, pasan el tiempo mirándose uno al otro y diciéndose que se aman; con esto pierden el tiempo; esto no aumenta su amistad; separadles por algún tiempo, y entonces pensarán el uno en el otro, evocarán mutuamente su imagen en la memoria; entonces se desean y acrecientan su cariño.

Lo mismo ocurre con Nuestro Señor Jesucristo. Durante tres años los Apóstoles vivieron con Él; y ¿qué adelantaron?

Jesucristo se ocultó para que nosotros rumiemos su bondad, sus virtudes, para que nuestro amor sea verdadero, viril y salga de los sentidos, contentándose con la fortaleza y la paz de Dios.

## V

Terminemos pues: el Salvador está allí, bajo los velos del Sacramento; pero oculta su Cuerpo á nuestra vista, para que permanezcamos en su amor hacia su adorable persona; si se exhibiese, si nos

mostrase, aunque no fuese más que un rayo de su gloria, un rasgo de su faz adorable, nosotros le dejaríamos, abandonaríamos su persona, para no fijarnos más que en esta manifestación. Mas Él lo ha dicho: su Cuerpo no es nuestro fin; su Cuerpo no es más que un peldaño para que nos remontemos á su alma, y de aquí á su divinidad; tenemos su amor para que nos conduzca hasta esta altura.

Nuestra fe recibirá una certidumbre absoluta de la fuerza de nuestro amor; paralizándose la acción de los sentidos, entra nuestra alma en comunicación con Jesucristo; y como Jesucristo es la dicha, el reposo y la alegría, cuanto mayor sea nuestra intimidad con Jesucristo tanta mayor será nuestra ventura y felicidad.





## EL MISTERIO DE FE

---

*Hoc est opus Dei ut cre-  
datis in eum.*

«Obra de Dios es que  
creáis en Jesucristo.»

(JOANN., VI, 29.)

**N**UESTRO Señor Jesucristo quiere que recor- demos todo lo que hizo por nosotros sobre la tierra, y que honremos su presencia en el Santísimo Sacramento, mediante la meditación de todos los misterios de su vida.

Para que recordemos más vivamente el misterio de la Cena, no sólo nos ha dejado el relato de los Evangelistas, si que también un recuerdo vivo, personal: Él mismo, su adorable Persona.

Mas, aunque Nuestro Señor se halle en medio de nosotros, nosotros no podemos verle, ni representarnos cómo está en la Eucaristía.

Esto no obstante, Jesucristo se ha aparecido con frecuencia; ¿por qué no habrá permitido que se guardasen retratos de estas augustas apariciones?

¡Ah! Es que Jesucristo sabe muy bien que todos estos retratos no servirían en definitiva sino para hacer olvidar la realidad de su presencia actual bajo los santos velos de la Eucaristía.

Y esto ¿por qué? ¿Por ventura si yo viera, dejaría de tener fe? ¿Pues no se ama mejor aquello que uno ve por sus propios ojos?

Sí, los sentidos pueden fortalecer mi fe vacilante; pero Jesucristo resucitado no quiere ponerse al alcance de nuestros sentidos corrompidos: quiere, exige una fe pura.

El no es cuerpo solamente, si que también alma, y por esto no quiere ser amado como los cuerpos; desea que vayamos hasta su alma con nuestro espíritu y nuestro corazón, sin descubrirle con los sentidos.

Por lo demás, Jesucristo, aunque verdaderamente presente en cuerpo y alma en el Santísimo Sacramento, está allí á la manera de los espíritus; los espíritus ni se analizan ni se disecan: los sentidos no alcanzan hasta ellos.

## II

Además, ¿por qué nos hemos de quejar? Jesucristo ha sabido conciliarlo todo; las santas especies no le tocan; ni son tampoco una parte de Él mismo; ellas, sin embargo, se hallan inseparablemente unidas á la persona del Salvador; son la condición de su presencia, y nos dicen dónde está; estas especies le localizan. Jesucristo hubiera podido tomar una manera de ser puramente espiritual, y entonces, ¿cómo encontrarle? ¿Cómo buscarle?

¡Demos, pues, gracias á este buen Señor! No está escondido, sino velado; una cosa escondida ignórase dónde se halla, y es como si no existiera; pero una cosa velada, se la posee, se está seguro de tenerla, aunque no se la vea.

Saber que uno tiene á su lado al amigo íntimo, que está allí seguramente, ¿no es ya mucho? Pues bien, vosotros podéis ver claramente dónde está el Señor; mirad la santa Hostia, y estad seguros que allí se halla.

## III

Nuestro Señor Jesucristo se vela, se oculta para nuestro bien en interés nuestro, para obligarnos á considerar su alma, sus intenciones, sus virtudes en Él mismo; si le viésemos, quedaríamos admirándole exteriormente, y no tendríamos para Él sino un amor de sentimiento; pero Jesucristo quiere que le amemos con amor de sacrificio.

Ciertamente que á Nuestro Señor Jesucristo le cuesta no poco el ocultarse de este modo. Más querría mostrar sus divinas perfecciones que habrían de atraerle tantos corazones; pero lo hace en beneficio nuestro.

De este modo el espíritu ejerce su actividad en la consideración del augusto misterio, la fe se ve aguijoneada, y por tales medios y con semejantes estímulos llegamos á penetrar en Nuestro Señor Jesucristo.

En vez de mostrarse á nuestros ojos, muéstrase á nuestra alma; se ostenta á nosotros por su propia luz, nos ilumina con sus destellos, y es al propio tiempo el objeto que debemos contemplar: objeto y medio de nuestra fe.

Aquí, aquel que más ama, el que es más puro, ve más claramente. El mismo Jesucristo lo ha dicho: *Aquel que me ama y observa mis preceptos, yo me manifestaré á él.*



Jesucristo comunica á las almas de oración grandes luces con que le conozcan y se aparten del error.

El mismo Jesucristo hace que esta luz varie, y ora la dirige hacia un punto de su vida, ora hacia otro; y como la Eucaristía es la glorificación de todos los misterios, Jesucristo viene á ser siempre nuestra meditación, cualquiera que sea el objeto de la misma.

#### IV

Y así, ¿cuánto más fácil nos es meditar en presencia del Santísimo Sacramento que en nuestra propia casa?

En nuestra casa estamos ante la inmensidad de Dios; aquí, ante el Tabernáculo, tenemos á Jesucristo presente, muy próximo á nosotros.

Y como el corazón sigue al espíritu, el afecto al pensamiento, nos es más fácil amar estando á la vista del Santísimo Sacramento; el amor entonces es actual, puesto que se dirige á Jesús que vive delante de nosotros, y que renueva en la Eucaristía todos sus misterios.

Quien medita los misterios aisladamente, sin vivificarlos por la relación que guardan con la Eucaristía, encuentra siempre un vacío, siente cierto sentimiento, cierta pena á pesar suyo. ¡Quién hubiera estado allí! se dice á sí mismo con frecuencia.

¿Pero en la presencia del Santísimo Sacramento, qué hemos de sentir ni qué hemos de desear? Todos los misterios viven en el Salvador que está presente. Nuestro amor disfruta del goce actual. Que pensemos en la vida mortal ó en la vida gloriosa de Jesús, sabemos que Jesucristo está allí con su cuerpo, su alma y su divinidad.

Entremos, pues, en estos pensamientos. Representemos en nuestra imaginación los misterios que queramos, pero vigoricemos y animemos estas producciones de la mente con la presencia de Jesucristo.

Tengamos muy presente que Jesús está allí, en esa misma Hostia, con todos sus estados, y por decirlo así, en la totalidad de su ser; el que esto ignora está en las tinieblas, y su fe languidecerá siempre, sin proporcionarle nunca la felicidad.

Tengamos, pues, la actividad, la delicadeza de la fe; en esto estriba nuestra felicidad. Nuestro Señor quiere hacernos por sí mismo bienaventurados y dichosos. Los hombres todos son incapaces de proporcionarnos esta felicidad; aun la piedad misma, por sí sola, no hace la felicidad: se necesita la piedad alimentada por la Eucaristía, pues la felicidad no procede sino de la posesión de Dios, y la Eucaristía es Dios que se nos da totalmente y sin reserva de ningún género.

